

PARA REVALORIZAR LA EDAD MEDIA: TESTIMONIO PERSONAL

*Luis Rojas Donat**

El concepto *Edad Media* nació en el siglo XVII, cuando el alemán Cristóbal Kellner -conocido como *Cellarius*-, profesor de Historia en la Universidad de Halle, inventó la expresión *medium aevum*, en 1688, para referirse a un período intermedio entre la antigua civilización greco-romana y civilización europea del renacimiento.

La invención tuvo entonces alguna fortuna, porque respondía bien a una necesidad práctica, a las comodidades pedagógicas de los programas escolares. Sin embargo, había en esta división tripartita (*historia antiqua, historia medii aevi et historia nova*) una fuerte carga valorativa. El *medium aevum* era para Cellarius, como para muchos otros entonces y después, una gran laguna, un tiempo de deterioro, tiempo de decadencia y no de progreso, tiempo donde la barbarie se engulle a la civilización, un tiempo donde la ignorancia fue más importante que la ilustración. Todo apuntaba a presentar este interludio como un gran tiempo burdo y tosco. Mientras más imbuidos estaban de la cultura renacentista, exhuberante, pero también elitista, más pobre, indigente e insípida aparecía el medieval ante los ojos de aquellos humanistas que no proyectaban su mirada más que a Grecia y a Roma.

Por mi parte, el Mundo Antiguo ha sido para mí algo muy diferente a la Edad Media. Me deslumbró desde que me asomé a él, y he permanecido así a partir de entonces, atraído por ese mundo seductor, espléndido y maravilloso. No puede el hombre sensible resistirse al sortilegio casi mágico que ejercen ambas civilizaciones, Grecia y Roma. A la Edad Media, por el contrario, entré desde América, como viajando al revés de los conquistadores, remontando la corriente migratoria de aquellos españoles del siglo XVI, que a mi juicio, representan tanto en sus virtudes como en sus defectos, al género humano mismo, al hombre occidental y su conducta. El mundo de la conquista de América, con sus ideales y contradicciones, me fue pareciendo con el tiempo, un período incomprensible sin remontarse a la cultura originaria de los dominadores. La continuidad del proceso histórico nunca me fue más perceptible que entonces. La Edad Media fue seduciéndome lentamente, como lo hacen las cosas duraderas, adhiriéndose con nuestro compromiso al conocerlas y, especialmente, al comprenderlas. La Edad Media fue surgiendo ante mí, como se nos suelen presentar los grandes amigos, sin espectacularidad y sin fanfarria, con sólo algunos gestos, con ciertos compromisos personales y en la más absoluta inconciencia. La Edad Media representa para quien la estudia, un viaje hacia el interior de la naturaleza humana, a los estratos más primitivos

* Presidente de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales (SCEM). Profesor de Historia medieval y moderna en la Universidad del Bío-Bío y de Historia del Derecho y de las ideas políticas en la Universidad San Sebastián.

desde donde se forjan los grandes ideales. El hombre medieval le tocó en suerte o en desgracia -cada cual verá- vivir la vida sobre sus fundamentos, tratando de proyectarse sobre una naturaleza de la cual dependía íntegramente, pero sin alcanzar a dominarla. Por eso, la Edad Media tiene un sabor a lo básico, a las cosas primigenias, primitivas si se quiere, pero de donde emergen las creaciones más duraderas.

Pero el medievo me interesa también por consideraciones de oficio, ya que la práctica de la mayoría de la ciencias es, sin duda, un asunto de profesionales, de especialistas. Con paciencia he ido apropiándome de ciertas herramientas -claves (esto es, método, idiomas, criterio)- intelectuales que me han permitido entrar en ese mundo algo hermético. Sin embargo, la ciencia histórica no es exclusivista en esto, los historiadores científicos no tienen el monopolio del conocimiento histórico. Los *dilettantes* y divulgadores tienen también su justificación y su utilidad, dentro de ciertos márgenes. Héctor Herrera ha dicho con razón "la tendencia a la especialización ha producido un creciente problema de incomunicación entre los diferentes especialistas de la historia, ya que cada día resulta más difícil para el no iniciado comprender o apreciar laboriosos trabajos, expresados en críptico lenguaje, cuando no en fórmulas matemáticas, o referidos a puntos que apenas suscitan el interés de un reducido número de investigadores, a menudo comprometidos en citaciones recíprocas". Por ello es que los vulgarizadores de historia han alcanzado un éxito que interpela a la especialidad y revela el deseo que sienten los hombres de hoy, el público, de participar en la memoria colectiva. Umberto Eco y su novela "El nombre de la rosa", con su éxito editorial, es un claro ejemplo de esto.

Así pues, participo con Jacques Le Goff, al desear que la Historia, buscando siempre llegar a ser más científica, pueda convertirse también en un arte. Nutrir la memoria de los hombres exige gusto, estilo y pasión, como asimismo rigor y método.

La Historia se hace no sólo con documentos sino también con ideas, con fuentes de toda clase e imaginación. El historiador de la Antigüedad me pareció, en un momento de mis estudios, condenado a una alternativa descorazonadora: debía contentarse con un magro arsenal de documentos referidos a un pasado parcialmente armado, que para perpetuarse debía seguir los seductores caminos de la pura erudición -especialmente la filología y la arqueología-, fascinantes es cierto, pero a veces, un tanto separados de la realidad histórica. Por otra parte, quedarse con el puro y nada simple intento de reconstituir aquel pasado, siempre maravilloso, pero muy lejano ... casi lejanísimo. Mi colega y amigo Alejandro Bancalari, apasionado y riguroso romanista, con amistad y diálogo se ha encargado, sin quererlo directamente, de disolver aquellos viejos prejuicios intelectuales. Me había convertido yo mismo, creo, en un *Cellarius* del mundo antiguo.

En cambio, la historia de los tiempos recientes me ha provocado siempre otras sensaciones bastante distintas: veía a un historiador abrumado por un pesado fardo de documentación que lo obligaba a una historia de corte estadístico y cuantitativo, síntesis digamos, por lo mismo, siempre tentado a caer en un reduccionismo peligroso. Debo confesar que siempre desconfié más de lo razonable de este tipo de síntesis, la cual tiene, sin duda, un gran valor y dignidad. También, en esta dirección, estas fijaciones algo irracionales han ido diluyéndose junto con la madurez, pero especialmente, como resultado del combate sin tregua contra la ignorancia. En efecto, el contacto con la obra historiográfica de medievalistas y modernistas franceses, me ha enseñado a comprender, en su justa medida, la valía del método de análisis marxista, siempre que se mantenga alejado del dogmatismo y libre del envolvente ideologismo, errores que conducen irremediablemente a un reduccionismo de la realidad.

Respetando todo cuanto pueda ayudar a comprender el pasado, por lo tanto aceptando cualquier método riguroso, mi propio concepto de historia, ciertamente ligado a lo que yo soy como persona, está más cerca del hombre individual de la persona humana, más que de la cuantificación. Y ello porque con el tiempo me ha ido pareciendo importante valorar más al ser en la documentación histórica. Me parece que hay que hacer historia con todo aquello que escapa al número, que es con frecuencia, lo esencial.

Entre estos dos tiempos, la Antigüedad y el Mundo Contemporáneo, está la Edad Media en la que los humanistas vieron, en vez de una transición o un pasaje, un intermedio mediocre, un verdadero paréntesis de la gran historia, un hoyo en la marea del tiempo. Sin embargo, lo que llamamos Edad Moderna, desde el punto de vista material, me parece que sigue siendo Edad Media. Lo es también por sus estructuras sociales y mentales. La civilización europea no ha cambiado sustantivamente hasta fines del siglo XVIII. Precisamente, la Edad Moderna se ajusta mucho más al concepto de transición que la Edad Media, porque muchos de los grandes procesos históricos generados en el medievo se modifican hasta adquirir características peculiares que invitan a pensar en la originalidad de ellos como frutos de la modernidad, es decir, como típicamente modernos. Por lo demás, para los historiadores de la economía, el mundo moderno de la Europa occidental, es la continuación de la gran depresión producida en la baja Edad Media (siglos XIV-XV), no resuelta sino a mediados del siglo XVIII, cuando los indicadores estructurales de la civilización comienzan a repuntar sostenidamente. Pero no hay que engañarse con estos calificativos que llaman al desprecio o atraen la atención, porque en el estudio del pasado, los períodos críticos, los instantes en que asolan los problemas, son sin duda los más interesantes para el estudioso, ya que revelan la capacidad del Hombre para dar respuesta a la crisis.

Como a toda época pasada, la Edad Media la he ido considerando como el campo donde, para aprehenderla, han de conjugarse necesariamente la erudición y la

imaginación. Erudición, en efecto, porque ¿acaso la historia que llamamos científica, no nació precisamente del estudio que entre la mitad del siglo XVIII y fines del XIX hicieron historiadores alemanes y franceses de la documentación de la Antigüedad, pero también, y hay que sacar ésto del olvido, de las cartas, diplomas y escritos medievales?

Imaginación, por otra parte, porque el pasado, una vez estudiado, comprendido y analizado, debe reconstruirse, volver a desarrollarse en la mente del historiador, y esta labor requiere obviamente de imaginación. Los escépticos dirán que la imaginación le resta carácter científico a la historia, porque los hechos surgen de la realidad, no de la mente del que los narra. Cierto, pero ningún proceso lógico de la inteligencia, en su intento por atrapar la realidad de la vida, las fuerzas de la naturaleza, de la física y la biología, del universo visible y tangible, hasta el sublime intento de penetrar en el conocimiento de Dios, carece de imaginación. La teoría de la relatividad, por ejemplo, en la que se prueba que el espacio exterior, a medida que nos alejamos de nuestro rincón de la vía láctea, adopta una forma curva, sería verdaderamente incomprensible sin la imaginación, puesto nadie ha podido observar dicho fenómeno con sus propios ojos.

Erudición e imaginación son, pues, los distintivos que necesita un historiador y, por qué no decirlo, quien quiera ascender en su humanidad. Un historiador debería ser, por lo mismo, un humanista en el más puro sentido del término.

Hay que estudiar toda la Historia. Hubo un tiempo en que se consideró despreciable la historia corta, el acontecimiento, los *epifenómenos*. Pero, afortunadamente, superada ya esta miopía prejuiciosa, todo el conocimiento tiene importancia en la comprensión del pasado; la historia episódica, juiciosamente trabajada, constituye buena parte de la materia de la *nueva historia*.

Para la época medieval la historia que, a mi juicio, conviene mucho estudiar es aquella que asumiendo con toda valía y dignidad el estrato de los acontecimientos, la historia corta de cada día, la trasciende para adentrarse en la comprensión de los procesos que se ubican en una historia más larga. Es la problemática tan sabiamente planteada por Fernand Braudel de la *longue durée*, que acoge una historia más lenta y profunda, que se aproxima mejor al conocimiento del hombre y su naturaleza. Más allá de ésta, está el movimiento que subyace en un estrato inferior a lo conciente, la mentalidad. En esta perspectiva es que la Edad Media aparece como el campo fecundo para estudiar aquellas lentas transformaciones de la sociedad, sus valores y su herencia; porque la Edad Media es más que un modo de producción, más que la superposición de poderes, más que la relación feudo-vasallática de sus estamentos, más que la imagen estereotipada que tenemos del castillo, el egoísmo y la crueldad de un grupo pequeño de opresores, o la superstición y el temor afincados en la gran mayoría que sufre la omnipotencia de una Iglesia más preocupada de lo terrenal que de la salvación. La Edad Media es, ante todo, una forma de vida, un modo de sentir y de sufrir, tan cercano

a lo que vemos diariamente en nuestras realidades hispanoamericanas. Es aquella sociedad en la que la agricultura se constituye en el fundamento del orden económico, social, político y cultural. La Edad Media, tan vilipendiada, es una parte de nosotros que vive en el inconciente. Negarla, pues, es negarse en cierta medida uno mismo. Edad Media larga, larguísima, que se ubica desde el siglo 111 de nuestra era, en cuanto a sus indicios, para ir muriendo lentamente bajo los golpes de la Revolución Industrial, en el siglo XIX europeo, y para Hispanoamérica, todavía subyacente.

Negarse a conocer el mundo medieval es darle la espalda a casi quince siglos de la Historia Universal. Algunos dicen, asumiendo las opiniones de aquellos humanistas del Renacimiento, que lo verdaderamente importante comienza con el humanismo de los siglos XVI y XVII; que el pensamiento político de esos siglos, tiene más que ver con el mundo greco-romano, que con las disquisiciones escolásticas de los teólogos medievales; que la belleza y esplendor del arte renacentista responde más bien a una revalorización del legado clásico y no a la creación de corte teocéntrico de la Edad Media; para otros, que se sienten más ligados al modelo del materialismo histórico, dirán que sin el surgimiento de la burguesía, con su especial estilo de vida, la historia carece de interés, y por eso se inclinan por la historia reciente, aquella de los conflictos entre clases; incluso, los pensadores iluministas del siglo XVIII, deslumbrados por el uso de las potencialidades racionales como herramientas para comprender el universo todo, despreciaron el estudio de la Edad Media, porque veían en ese período la supremacía de un elemento bárbaro: la fe, confianza irracional que contradecía la naturaleza humana - se decía-, por cuanto ésta busca siempre primero comprender y después creer. La mayor parte de estos importantes filósofos, hombres incrédulos, vituperaron la Edad Media como el período más oscuro de la Historia de la Humanidad, porque durante esos largos siglos, la irracionalidad se apoderó de toda el alma humana. Irracionalidad es, por cierto, un eufemismo para decir estupidez o imbecilidad

Pero aquellos hombres eran, como todo ser humano, en parte irracionales también, como nosotros en la actualidad. Rechazaban la Edad Media, en buena medida, porque desconocían el contenido de aquel pasado; ignoraban todas sus grandezas, conocían mal esa civilización material básica; no sabían, por sobre todo, la inmensa herencia de la tradición que recibía su mundo, el siglo de las luces. Este llamado antiguo régimen, de acuerdo con las modernas investigaciones francesas, es, a decir verdad, la prolongación pura y, muchas veces, simple del mundo medieval. La población de este período vive en un 90% en el campo, por lo tanto, vive todavía por esto y por tantas otras razones, en el medievo. ¿Podrían desconocerse los siglos que medían entre la transformación del mundo romano y el surgimiento de la sociedad industrial, que son nada menos que quince? ¡1500 años de historia del hombre! Si cada siglo constituyera un año en la escala de vida de un hombre hipotético que representa a la humanidad occidental, éste habría nacido intelectualmente en Grecia, poco antes del siglo V; la Edad Media comenzaría a los 8 años, para terminar a fines de los 18. Para

este hombre que en la actualidad tiene 25 años ¿le será sensato borrarle de la mente aquellos 15 años decisivos de su formación como hombre? Difícil aceptar que en ese lapso no le haya sucedido nada importante, nada que deba conservarse en la memoria, nada que valorar, nada que mejorar. Y aunque esta analogía pudiera ser tachada de falaz, sirve al menos para indicar que es, a todas luces, absurda la idea fija de despreciar un pasado tan largo de nuestra humanidad. Sólo en este sector del planeta a los hombres se les ha ocurrido borrar parte de su pasado; no ocurre esto en ninguna otra cultura humana.

Se hace necesario volver a afirmar una vez más lo que ya se sabe bien, aunque parezca que voy contra la corriente. Pero es precisamente al revés, el Renacimiento no ha existido nunca como un tiempo periodificado de manera independiente, casi podríamos decir que no existe como tal, porque a decir verdad, constituye -como dice Jacques Le Goff- ese último y maravilloso capítulo de la Edad Media. La tesis de Alberto Tenenti confirma la idea de que el Renacimiento no ha hecho otra cosa que poner énfasis en aspectos que ya el medievo venía trabajando. No hay ningún rasgo propio del Renacimiento que la Edad Media no haya cultivado o comenzado a cultivar, ni uno solo. Y la razón científica es, sin duda, muy simple: se trata de un período de transición, y como tal, posee rasgos del tiempo anterior que se diluyen con los nuevos elementos que van dibujándose lentamente y tomando forma y color. Conclusión: el Renacimiento no es renacimiento. Por eso es que no puede ser sino la ignorancia supina lo que lleva a no pocos profesores a seguir insistiendo en la oposición entre Edad Media y Renacimiento. Dicha ignorancia sería excusable si en la presentación de este fenómeno hubiera indiferencia, pero desgraciadamente se toma partido por una opción que no tiene destino. El Renacimiento no ha sido jamás renacimiento. La Edad Media no ha llegado nunca a ser un tiempo intermedio, sino una etapa fundante.

Esta larga Edad Media es el momento de la creación de la sociedad moderna. Mucho se ha escrito sobre el origen de la modernidad, y todos coinciden en señalar la deuda que ella tiene del medievo. Esta larga Edad Media es la historia de la sociedad preindustrial, aquella sociedad que busca elevar los niveles de vida. Esta larga Edad Media no es un paréntesis vacío que creyeron ver los humanistas del Renacimiento, sino que es el instante en que se fraguan los ingredientes de la modernidad. A partir de una civilización aparentemente moribunda y casi destruida bajo formas campesinas y ambientes bucólicos, aparece su potencia viviente y su carácter, creando la esencia de muchas de nuestras estructuras sociales y mentales.

Ha sido ella, la Edad Media, la que ha creado la ciudad moderna, de raigambre clásica por cierto, pero con el espíritu medieval que surge a partir del siglo XII. La ciudad moderna es tan heredera de la ciudad antigua como de la medieval. Aquella encuentra su espíritu y su razón de ser, en que se constituye más bien en un centro cívico. En la ciudad medieval, en cambio, los edificios públicos son mínimos, y a veces

no existe ni siquiera plaza, porque el espíritu de ésta es preferentemente el mercado, por lo tanto, es un centro comercial y lo privado domina. Sin duda, a ello se debe que la ciudad medieval sea un factor de desintegración del mundo feudal, porque en ella se respiraba, según un viejo adagio alemán, un aire de libertad (*Stadt luft macht frei*); surgen las primeras libertades públicas, en ella se estructuran jerárquicamente los estamentos sociales iniciando la lucha política citadina que caracteriza la historia de Occidente.

El medievo ha creado las bases para la conformación de la Nación, como concepto vivido por un grupo social que se identifica entre sí por un pasado común, una lengua, un sistema consuetudinario. La nacionalidad, que tantos males y bienes ha traído a la historia europea, comenzó a surgir en plena Edad Media como respuesta al intento hegemónico supranacional de la *respublica christiana* que disputaron el Papado y el Imperio.

Durante este período también se crean los fundamentos del Estado: el contenido jurídico lo aportó la romanidad, pero fue reestudiado y concebido para las nuevas realidades por los intelectuales del medievo. El Estado medieval, lo saben tan bien los historiadores alemanes, es una mezcla fecunda de romanidad y germanismo; digamos, de Antigüedad y Edad Media. No hace falta probar en qué medida fue estudiado el pensamiento agustiniano y tomista por los políticos del Renacimiento, para ver la inmensa deuda que éstos tienen.

La Edad Media ha creado, y ésta sea tal vez la creación que más nos acerca y compromete, la Universidad. Surgidas al amparo de la Iglesia (escuelas catedralicias), pronto adquirieron autonomía y en sus ambientes se penetró el conocimiento de la naturaleza humana hasta un punto que, en justicia, puede decirse que no ha vuelto a repetirse. En ello coinciden no pocos filósofos actuales. En sus aulas se estudió al Estado, al Hombre, las instituciones y a Dios. Es curioso que en la actualidad, cuando se busca pensar y mejorar la Universidad, sólo entonces se piensa en el período que le dio vida. No parece que el medievo haya sido tan oscuro, como se dice, para haber tenido la luz necesaria y crear una institución que se ha transformado en el pilar de la historia de Occidente. Conociendo un poco el espíritu que animaba a las universidades medievales, de esas en las que encontramos a un Gerberto, Abelardo, Hugo de San Víctor, Tomás de Aquino, Scoto, Eckart, Ockham, en fin, se verá que el ambiente universitario al que nosotros, modestamente, damos vida, le falta aquello que fue un sello medieval: *consagración*. El hombre medieval, cualquiera fuera su oficio, estaba llamado a consagrarse en él, esto es, contribuir con su aporte eficaz a la obra creadora de Dios. Puede considerarse muy ajustada a los ideales aquella leyenda de que los hombres que picaban piedra en una cantera, al serles consultado lo que hacían, respondieron que construían una catedral. A los que vinieron después, y a nosotros, por

supuesto, se nos ha ocurrido pensar y sentir de otro modo. Por eso, a decir verdad, no estamos mejor que ellos en lo fundamental.

La Edad Media reelaboró, asimismo, la noción de tiempo histórico surgida desde el horizonte judaico y greco-romano. La dimensión de universalidad y progreso que ya se aprecia en aquella historiografía, se desarrolla por caminos diferentes con el cristianismo medieval. Envolvió este tiempo de la vida humana, heredado de la Antigüedad, con una capa de religiosidad cristiana, que vino a concederle la dimensión escatológica desconocida hasta entonces. Se organizó la vida humana en períodos de trabajo y descanso de acuerdo con ciertas concepciones peculiares que, en general, han pervivido hasta hoy: tiempo para la vida, el hombre y Dios. En efecto, hasta el siglo pasado el tiempo del hombre ha sido un tiempo esencialmente religioso. El tiempo que el hombre usufructúa para la vida, comienza a ser considerado como un préstamo, no es suyo, se le ha concedido un tiempo para vivir y por el cual habrá de responder. El hombre actual ha perdido esta dimensión escatológica del tiempo, para quedarse en el mejor de los casos, con sólo la cáscara de toda esta construcción, se ha quedado con el puro medidor de este tiempo, el reloj, otro invento medieval.

La Edad Media ha creado el libro, en su forma que hoy le conocemos. Apreció como ninguna época en la historia, su valor para la humanidad, lo protegió de su caducidad y gracias a la labor paciente de los monjes con la continua copia de códices y manuscritos, el legado maravilloso de la Antigüedad pudo conservarse para que nosotros pudiéramos disfrutarlo. Los humanistas se enorgullecían de los libros, viendo en ellos un signo de civilización; y tenían razón, la Edad Media ya los conocía, pero eran escasos y caros, porque lamentablemente la imprenta aparece en Occidente tardíamente, a fines del siglo XV. Pero para eso estaban allí, desde hacía siglos, los monjes consagrados a esta labor de copia, fatigosa, esmerada y anónima. Quien haya tenido la fortuna de conocer un códice medieval, incluso viéndolos en historias del arte o ediciones facsimilares, admirará en él, el detalle, la finura, el buen gusto, la belleza ... una verdadera devoción. Frente a objetos como éste, es que uno se pregunta si la barbarie que muchos siguen asegurando que hubo en la Edad Media, no sea acaso la suya propia, de la ignorancia burdísima.

La antigüedad tardía (*spätantike*) ha creado al cristiano (*fidelis*), pero la Edad Media lo formó al fundar una nueva humanidad que reivindica sus valores y su herencia, una humanidad que no se agota en las vicisitudes de un presente cada día más complejo, sino que se identifica en la eternidad de los tiempos con un trayecto que concluye en la salvación. Por esta misma razón, la Edad Media es también la creadora de la conciencia, a saber, el conocimiento e identificación de la vivencia ontológica en el tiempo y el espacio, conciencia del hombre creatura, conciencia del pecado inherente a la condición humana, conciencia de clase, de grupo, de estamento.

La Edad Media es, otra vez, sin quererlo, la creadora de la revolución, o si se quiere de los cambios, tanto en su sentido marxista como también positivista. Sí, porque lo que se logra en 1789 en Francia, aunque haya sido por oposición a los resabios feudales todavía presentes a fines de ese siglo, es la Revolución Francesa un movimiento contra la propia Edad Media. Sin embargo, los ideales revolucionarios de la Burguesía, no eran sino viejas aspiraciones de aquella clase citadina que buscaba en la Edad Media, las libertades a partir de los fueros municipales. Ni cuestionarlo entonces, el capitalismo, con su espíritu de lucro y ahorro, nació en pleno medievo. Además, con anterioridad a la Revolución Industrial, la Edad Media ha conocido otras "revoluciones" o transformaciones menos espectaculares, pero de insospechadas consecuencias para la evolución del Occidente: revolución agrícola, urbana, demográfica y otras. Esto prueba suficientemente que este período no fue un tiempo de estancamiento, de detención; como toda época, con avances y retrocesos, llevó consigo el ritmo parsimonioso de los cambios que una vez desencadenados se vuelven irreversibles.

Por último, la Conquista de América es un proceso histórico que debe ser inscrito dentro del campo de estudio del medievo. En efecto, la gesta española en el nuevo mundo se llevó a cabo con espíritu medieval y por un pueblo saturado de medievalismo. No creo que sea imprescindible ser americanista para sostener esta tesis. Al revés, me convenzo al pensar que, precisamente, para comprender esta empresa española en tierras extrañas es necesario abordar su estudio desde la perspectiva de la Historia Universal. Quedará siempre con alcance mezquino y mirada miope, la comprensión de la Conquista de América como un hecho propiamente americano. Como ha señalado con acierto Claudio Sánchez-Albormoz, ésta ha sido un fruto tardío que el espíritu medieval español produjo en plena Edad Moderna.

La Historia Universal, y en este caso, de la Edad Media tiene una doble valía y utilidad en un país como Chile: en primer lugar, porque no puede pensarse que sea posible entender la formación de la cultura chilena sin su inserción en la cultura cristiana occidental. En sus fundamentos principales, ésta, como se ha visto, se ha forjado a partir de la Edad Media. En segundo lugar, porque el medievo no puede ser un campo de estudio cuyo patrimonio haya que atribuírselo sólo a los medievalistas; ha quedado suficientemente probado más arriba, que especialistas de áreas aparentemente alejadas, pueden encontrar fundamentos, mentalidades y estructuras medievales al interior de su propia llanura temática de interés, que han de ser comprendidas.